**Miércoles V del TO  
Ciclo B**

10 de febrero de 2021

Gn 2, 4-9.15-17

Sal 103  
Mc 7, 14-23

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Comenzamos ahora con el ***segundo relato*** ***de la creación***, que, como ya sabemos, se elaboró unos 400 años antes del relato primero[[1]](#footnote-1). El autor del mismo (por supuesto, desconocido) es del siglo X a.C. Su contexto histórico es el comienzo del Israel monárquico, allá por los reinados de Saúl, David o Salomón. El rey de turno domina su tierra gobernando sobre un reino estable y asentado. Los tiempos de la esclavitud de Egipto quedaron atrás y el pueblo ha asimilado la experiencia de un Dios liberador de la opresión egipcia y que ahora, por el Arca de la Alianza, habita en medio de su pueblo.

Este relato de la creación pasa del optimismo del principio al drama del final, con la prueba y el pecado, recurriendo el autor, sin escrúpulos, a las imaginerías míticas más caracterizadas, pero introduciendo en la escena del mundo la más fina psicología. Se supone que el lector es lo suficientemente avispado para no engañarse con las imágenes: ese Dios vivo y personal, concreto y real (pues con rasgos antropomórficos aparece[[2]](#footnote-2)) es el creador de quien depende el universo, la vida, el hombre y la mujer, etc. Frente a él todo el cosmos queda sin ningún revestimiento mítico.

Pero ¿qué es el hombre delante de Dios? Por su ser, ha salido del polvo del suelo; ¿por qué extrañarse entonces de que, en el relato de la caída, se diga que tiene que volver de nuevo al polvo? [[3]](#footnote-3) Lo humano, que en hebreo se dice «*adam»[[4]](#footnote-4),*  ha salido del polvo, de la tierra, que en hebreo se dice «*adamah»*; con este juego de palabras el autor nos está explicando ***la conexión intrínseca del ser humano con el universo material***.

Pero gracias al aliento de vida que Dios le sopla es como se convierte en «*ser viviente*», es decir, en una persona viva capaz de entrar en relación con Dios. Esto mismo es lo que distingue al hombre de los animales, como se dirá más adelante, al ponerles nombre a todos ellos: ***la sumisión de la naturaleza entera al hombre forma parte por consiguiente del designio de Dios***. El autor nos da aquí una verdadera «definición» del hombre. Si Dios «*planta un jardín en Edén, al oriente*», como un oasis verdeante en medio de la estepa árida, es para colocar allí al hombre.

Y aquí el hombre recibe una función precisa: «*guardar el jardín y cultivarlo*». De esta forma, ***el trabajo del hombre sobre la naturaleza queda valorizado de antemano***: no se trata de un castigo por el pecado, como se ha dicho a veces, sino que ***forma parte integrante de la vocación del hombre.***

El autor echa mano de imágenes míticas del oriente para elaborar su relato: «*el árbol de la vida*» recuerda al mito paradisíaco atestiguado ya en la literatura sumeria, que también considera en sus relatos de la creación un lugar paradisíaco maravilloso donde no existe ni el mal ni la enfermedad llamado Dilmun. En los mitos orientales, el árbol de la vida representaba al alimento de la inmortalidad y aquí el autor le da el mismo significado simbólico. Al colocar esta !imaginería paradisíaca al comienzo de la historia sagrada, el narrador le da una especie de valor profético: ***y es que el deseo del paraíso no es para el hombre un sueño ilusorio, sino el oscuro presentimiento de la felicidad para la que Dios le ha creado***[[5]](#footnote-5). ***El autor precisa de este modo el destino divino del hombre***. Hasta aquí la reflexión sobre la Primera Lectura.

El Evangelio muestra a Jesús enunciando ante los dos grupos de seguidores (la gente y sus discípulos) un principio diametralmente opuesto a la enseñanza farisea: expone lo que aleja o separa a cualquier hombre de Dios. En efecto, Jesús habla de lo que contamina o no contamina al hombre, en definitiva, lo que lo hace ser impuro o no.

Como sabemos, en el lenguaje religioso, lo impuro es lo que está fuera del ámbito de lo divino o, en otras palabras, lo que está lejos de Dios, aquello por lo que él no se interesa y queda al arbitrio de los hombres. Para los fariseos, estaban lejos de Dios y fuera de su ámbito todos los que no pertenecían a Israel (porque era el pueblo consagrado a Dios), en particular los paganos, pero también los que, dentro de Israel, no se mantenían en el favor divino mediante la estricta observancia de la Ley.

Lo que aleja al hombre de Dios no es lo exterior; el hombre no sale del ámbito divino por el contacto con realidades que están fuera de él. Jesús se opone frontalmente a las tradiciones judías referentes a la pureza (que le daban al pueblo de Israel identidad propia)

La segunda parte del dicho de Jesús afirma que es el hombre mismo quien puede alejarse de Dios: las cosas no son puras o impuras, agradables o desagradables a Dios, sólo las personas según su disposición interior.

Pero sus discípulos siguen sin entender y califican el dicho de Jesús de «*parábola*», cuando Jesús no había dicho ninguna parábola, había hablado claramente: «*escúchenme todos y entiéndanme*», había dicho. Vamos, que para los discípulos lo que había dicho abiertamente y sin tapujos se había convertido para ellos en un enigma.

Los discípulos no comprenden, no porque el dicho de Jesús fuera oscuro, sino porque no pueden creer que signifique lo que dicen sus palabras; no entienden que Jesús anule toda la legislación del Levítico y del Deuteronomio referente al tabú de los alimentos de un plumazo. Lo que caracteriza al pueblo de Israel y lo separa de los demás pueblos no puede caer en saco roto, así de repente: el corazón de ellos todavía está vinculado a ese Israel excluyente y nacionalista.

Jesús les señala que es «*de dentro*», es decir, de la sede consciente de los comportamientos humanos donde se sitúan las disposiciones permanentes de donde dimanan esos actos; y enumera unas disposiciones interiores: unas (el segundo grupo, en singular) que absorben la vida del hombre impidiéndole centrarla en el amor a todos y en su propio crecimiento como persona; otras ( el primer grupo, en plural) vician al hombre por dentro y lo llevan a causar daño a los demás, oponiéndose así frontalmente al amor, única senda de vida.

Conclusión: Lo que aleja de Dios es hacerse daño a uno mismo o hacerlo a otros. Libera así Jesús de los preceptos esclavizantes de la antigua Ley, pone como criterio de la cercanía a Dios el amor al prójimo y derriba la barrera entre judíos y paganos, condición para la creación de una humanidad nueva y fraterna.

A lo largo del evangelio, Jesús va tirando abajo los tabúes de Levítico y Deuteronomio: los de la lepra, tocando al leproso[[6]](#footnote-6); los de la muerte, tocando el cadáver de la niña[[7]](#footnote-7); en este pasaje, los que concernían a la impureza de alimentos, más tarde con objetos y personas[[8]](#footnote-8). Para hacer posible la universalidad, se distancia de la cultura judía y de su práctica religiosa[[9]](#footnote-9).

1. Cfr. Pierre Grelot. *Hombre ¿quién eres? Los once primeros capítulos del Génesis*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1976 [↑](#footnote-ref-1)
2. Como si fuera un ser humano toma polvo y hace una figura, le sopla, planta un jardín. Más tarde lo “veremos” caminando por el jardín a la hora de la tarde… [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. 3,19 [↑](#footnote-ref-3)
4. «Dios creó al hombre», es decir, «Dios creó al *adam*», pues hombre, ser humano, en hebreo se dice así: «*adam*». [↑](#footnote-ref-4)
5. Por eso, puede recogerse esta misma imagen en los oráculos proféticos posteriores que describen el término de los designios de Dios (cf. Is 11, 6-8; 65, 25; Ez 36, 25; Is 51, 3; etc.) [↑](#footnote-ref-5)
6. 1,40 [↑](#footnote-ref-6)
7. 5,41 [↑](#footnote-ref-7)
8. 7,2.19 [↑](#footnote-ref-8)
9. Cfr. Juan Mateos y Fernando Camacho. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol II*. Ed. El Almadro. Córdoba, 1993 [↑](#footnote-ref-9)